



Nuestra esperanza, en el Señor

La realidad que nos toca vivir muchas veces nos puede llevar a pensar en que hemos fracasado o que nuestra tarea es infructuosa. La reflexión de octubre nos ayuda a recordar que siempre, Él con su entrega respalda y sostiene nuestro servicio.

¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros realizados entre ustedes, hace tiempo que se habrían convertido, poniéndose cilicio y sentándose sobre ceniza. Por eso Tiro y Sidón, en el día del Juicio, serán tratadas menos rigurosamente que ustedes. Y tú, Cafarnaún, ¿acaso crees que serás elevada hasta el cielo? No, serás precipitada hasta el infierno.

El que los escucha a ustedes, me escucha a mí; el que los rechaza a ustedes, me rechaza a mí; y el que me rechaza, rechaza a aquel que me envió. (Lc 10, 13,16).

En este pasaje del Evangelio que hoy nos propone la liturgia, el lenguaje de Jesús resulta bastante duro. El Maestro se lamenta frente a los sesenta y dos discípulos que había elegido para que fueran de dos en dos a “todas las ciudades y sitios adónde él debía ir” (Lc 10, 1). Después de darles diversas recomendaciones para la misión (vs. 2-12), formula este fuerte reproche dirigido a aquellos que no lo reconocieron como Salvador a pesar de haber sido testigos de numerosos signos mesiánicos. Sus palabras expresan su desilusión por ver la dureza de los corazones: no bastaron los muchos milagros, las enseñanzas con autoridad (Mc 1, 22), ni su testimonio de vida para la conversión de Betsaida, Cafarnaún, Corozáin.....En un tono de enojo y con un sentir de decepción, Jesús anuncia a esas ciudades un horizonte de desolación y de ruina.

Notamos que en texto Jesús no se refiere a personas en particular, sino a ciudades, grupos de personas, conglomerados sociales. Frente a ello podemos preguntarnos ¿Qué nos dice esta Palabra a nosotros hoy como sociedad?

Si imaginamos al Señor viendo hoy nuestra sociedad, nuestra ciudad, nuestra cultura ¿qué podría llegar a decirnos? Pensemos tan solo en los ataques que está padeciendo la institución familiar en nuestro país desde distintos grupos, ideologías, políticos, etc. Estamos presenciando un enorme resquebrajamiento del “matrimonio” al ser admitido para dar forma jurídica a cualquier tipo de uniones. Notamos con dolor cómo se desvaloriza la vida humana al pretenderse la despenalización del aborto, al reconocerse derechos a las personas solo desde la “implantación” del embrión o al autorizarse la manipulación genética. Vemos con preocupación cómo se van desnaturalizando y perdiendo valor los vínculos parentales al permitirse la fecundación a través de bancos de esperma o al legalizarse la subrogación de vientres.

¿Cuál será el sentimiento que le surgirá a Jesús frente a esas situaciones tan deshumanizantes? No es muy difícil imaginarlo.

Como a los setenta y dos discípulos el Señor hoy nos llama y nos envía a seguir anunciando y evangelizando en esta sociedad. Nos pide que llevemos el mensaje salvador de su Palabra. Nos exhorta a vivir el mandamiento del Amor aun con aquellos que piensan diferente, que cultivan otros valores. Es más, también nos pide que amemos a los que se nos persiguen o que se nos presentan como enemigos (Mt 5, 44).

Las circunstancias hostiles en las que tenemos que desarrollar nuestra misión suelen provocar que, en ocasiones, nos gane el desaliento, la angustia o la desesperanza. Muchas veces pensamos que todo nuestro trabajo pastoral, nuestra siembra de tantos años en el servicio a las familias, ha sido en vano o poco exitoso. Es probable que la tentación nos asalte y nos lleve a cuestionarnos si realmente vale la pena tanto esfuerzo para que se vean tan pocos frutos. Situaciones como la que se avecina con la posible reforma de la ley civil, pueden conducirnos a pensar que lo que hacemos es demasiado pequeño ante el avance a pasos agigantados del enemigo.

Sin embargo, la afirmación del último versículo del Evangelio de hoy, nos invita a seguir depositando nuestra esperanza en el Señor, más allá de que la realidad se presente totalmente adversa a su mensaje. Esas palabras nos mueven, también, a buscar el estar más unidos y en alianza con el corazón de Jesús. Él con su entrega respalda y sostiene nuestro servicio. Si nos rechazan, rechazan al mismo Jesús y eso nos permite compartir su misma suerte. Si nos escuchan, lo escuchan a Él. Solo somos instrumentos de su gracia. ¡Gloria a Él!

En estos tiempos difíciles, el Señor nos llama a mantenernos unidos como familias en intercesión constante por nuestra realidad social (1 Tim 2, 1-2), a buscar la permanencia en la acción de gracias y la fidelidad a su Palabra, aún en medio de las dificultades, con la alegría que da el Espíritu Santo (1 Te 1, 6 y 5, 16). Como una forma de intercesión hoy podemos rezar, en comunión, a partir de las hermosas expresiones contenidas en el salmo que también nos propone la liturgia:

*Tú creaste, Señor, mis entrañas,
me plasmaste en el seno de mi madre:
te doy gracias porque fui formado
de manera tan admirable.
¡Qué maravillosas son tus obras!
Tú conocías hasta el fondo de mi alma (Sal 139).*